

DOSSIER

La ocupación francesa de
España, 1808-1814:
Ejército, política y
administración

Coordinado por
CARLOS FRANCO DE ESPÉS



Charles Esdaile, Isabel Larriba,
Emilio La Parra López, Lluís Roura,
Carlos Franco de Espés y Francisco Javier Maestrojuán

A lo largo del último trimestre del año 1807 comenzó a cruzar la frontera francesa un ejército al mando de general Junot. El general estableció su cuartel general en Salamanca, desde donde planificó la toma de Abrantes y también la de Lisboa. La presencia de tropas francesas en territorio español no causó, entonces, desasosiego o inquietud entre la población ni entre los responsables políticos pues se trataba de fuerzas amigas y aliadas. Durante los meses siguientes continuaron entrando unidades militares que se acantonaron en Valladolid y en Burgos y, poco después, ya en otro contexto político, el general Murat llegó a Madrid el 23 de marzo de 1808. Tampoco la ocupación de la capital trastocó sustancialmente la vida política, bastante alterada tras los sucesos de Aranjuez, ni las costumbres de la población.

La salida del rey Fernando de la corte para ir al encuentro de Napoleón, dejando el gobierno en manos de una Junta, creó cierta incertidumbre, pero poco más. Todo estalló a partir del 2 de mayo. Durante varios meses de 1807 y 1808 las tropas francesas eran amigas, a partir de mayo de 1808 se transforman en fuerzas enemigas y, en consecuencia, comienza la Guerra de la Independencia. Guerra y ocupación, ocupación y guerra, dos caras de una misma realidad, el haz y el envés de un mismo hecho. Esto es, un hecho histórico y dos visiones diferentes.

Hablar de la Guerra de la Independencia supone situarse en un plano de análisis, supone hablar de independencia de algo o de alguien, liberarse de un enemigo, lograr la emancipación. Significa que un territorio que tenía unos rasgos políticos, sociales y culturales propios está siendo transformado y quienes sufren esos cambios los rechazan. Una guerra de independencia invita a la resistencia y remite a un conjunto de batallas. La historiografía española habla generalmente de Guerra de la Independencia, aunque algunos historiadores prefieren

referirse a ella como la guerra del Francés,¹ la historiografía francesa suele tratarla como un episodio más de las guerras napoleónicas y en la historiografía inglesa se refieren a ella como guerra peninsular.

El envés de este hecho histórico es la ocupación militar francesa como una consecuencia de la expansión imperialista de Napoleón. Referirse a ocupación significa hablar de la entrada de un ejército en un territorio, tomar posesión de ese suelo sin el consentimiento de sus habitantes ni de los responsables políticos, instalarse por la fuerza y permanecer en ese lugar, intervenir en la política de muy diversas maneras e incluso transformar esa vida política instaurando una nueva administración y régimen político.

Los conocimientos que tenemos de la ocupación francesa de España son todavía muy cortos; se han estudiado las batallas, los movimientos de los ejércitos y otros aspectos militares pero faltan estudios de la ocupación militar y todavía hay un mayor vacío cuando nos referimos al significado de la permanencia del ejército francés en España, entre 1808 y 1814. Contamos con memorias y relatos escritos por algunos soldados y oficiales que participaron en la guerra y en la ocupación pero es muy poco. En el dossier de este número de *Jerónimo Zurita, Revista de Historia*, se presentan unos artículos que intentan acercarnos a la realidad de la ocupación del territorio y a los problemas que encontraron.

El ejército napoleónico había comenzado a entrar en España sin encontrar la más leve resistencia. En abril de 1808 Murat escribía a Junot: «España espera todo de la protección del Emperador: se le espera como al Mesías».² Y los soldados creían que era cierto. Un militar experimentado como el general Lejeune, entonces coronel, señala en sus *Memorias*: «Por todas partes nuestros soldados eran recibidos y tratados como libertadores. En mi camino encontré ciudades, pueblos e incluso casas aisladas preparadas para festejar la próxima llegada del Emperador».³ Sin embargo, casi inmediatamente, unos párrafos más adelante, la idílica visión se convierte en todo lo contrario. Lejeune, fiado de la propaganda, no había calibrado la realidad: «Los campesinos armados llegaban desde el campo para tomar parte en la revuelta [2 de mayo de 1808] y fueron perseguidos por nuestra caballería que sableó y mató a grandes cantidades de ellos»; y en Burgos escuchó los

¹ Manuel Ardit Lucas, *Revolución liberal y revuelta campesina*, Barcelona, Ariel, 1977.

² Duchesse d'Abrantes. *Mémoires de Madame la _____, ou souvenirs historiques sur Napoléon, la Révolution, le Directoire, le Consulat, l'Empire et la Restauration*, quatrième édition, Bruxelles, société belge de librairie, imprimerie, Hauman, Cattoir et comp., 1837, t. II, p. 469.

³ Louis François Lejeune, *Memorias del general Lejeune. 1792-1813*. Introducción y edición de Pedro Rújula, Zaragoza, Institución «Fernando el Católico» (C.S.I.C.), Excma. Diputación Provincial de Zaragoza, 2015, p. 60.

gritos de «Muerte a los franceses».⁴ Algo había ocurrido en muy poco tiempo para que esas tropas no fuesen bien recibidas en España, tras los sucesos de mayo de 1808.

Quizás donde se aprecia nítidamente cómo fueron los comienzos de la ocupación francesa sea en el párrafo con el que inicia el mariscal Suchet sus *Memorias*: «En los primeros meses del año 1808 ocuparon España numerosas unidades del ejército francés que, atravesando los Pirineos, se establecieron en las principales plazas de la frontera, avanzaron hacia Madrid e incluso penetraron en Andalucía».⁵ Una vez en España las tropas se extendieron por todo el territorio y a partir de mayo de 1808 comenzó la resistencia a ese ejército de ocupación. La guerra fue la respuesta popular a la invasión y el ejército que venía a expandir los logros de la Revolución Francesa se transformó en el conquistador. Los cuerpos de ejército comandados por los generales Víctor, Moncey, Sebastiani, Gouvion-Saint-Cyr y otros, ocuparon el territorio.

Muy pronto hubo en España 150.000 hombres.⁶ Se trataba de jóvenes reclutas, muchos de ellos extranjeros, mal vestidos y peor calzados, faltos de instrucción militar e incapaces de luchar como auténticos profesionales que se dedicaron frecuentemente al saqueo y la rapiña de los pueblos y lugares por donde pasaban. En ocasiones los propios generales fueron incapaces de imponer la disciplina y la autoridad, quizás porque ellos mismos participaron también de esos saqueos como si fuese un botín de guerra. Al general Augéreau se le apodaba con el sobrenombre de «el bandido orgulloso», y es conocida la debilidad del mariscal Soult por el dinero y por la pintura española. La incapacidad de este ejército de ocupación fue compensada con el envío de nuevas tropas y, tras Bailén, con la presencia del propio Napoleón a la cabeza de algunos cuerpos de ejército sustraídos a la Grand Armée, asentada en Alemania.

De todos estos aspectos y de otros más nos habla el profesor Charles Esdaille en su interesante artículo «El Ejército francés en España. Actitudes y mentalidades de una fuerza de ocupación». En él se adentra en los problemas de la conscripción, el rechazo de los reclutas a las levas, el recurso a la automutilación para no ser llamados a filas; presenta la figura del *ordinaire*, grupo de soldados que acogían al quin-

⁴ *Ibidem*, p. 63.

⁵ L. G. Suchet, *Memorias del mariscal Suchet, sobre sus campañas en España. 1808-1814*, edición e introducción de Pedro Rújula, Zaragoza, Institución «Fernando el Católico» (C.S.I.C.), Exema. Diputación Provincial de Zaragoza, 2012, p. 51.

⁶ G. Lefebvre, *La revolución francesa y el imperio. 1787-1815*, México, F.C.E., 2012, p. 228. Vid. tb. Emilio de Diego, *España el infierno de Napoleón*, Madrid, La esfera de los libros, 2008; Stuart Woolf, *La España napoleónica*, prólogo de Lluís Roura, Barcelona, Crítica, 1992.

to y lo acompañaban hasta su plena integración e identificación con el resto de compañeros. El profesor Esdaille presenta la vida militar, habla del saqueo de Córdoba, de los abusos a las mujeres, de la creencia de que estaban expandiendo los ideales de progreso y civilización de la cultura francesa, convencidos de que estaban prácticamente en África, como señalara Miot de Mérito en sus *Memorias*. El profesor Esdaille pone de manifiesto la necesidad de estudiar la historia del ejército francés en España, pues, en su opinión, «las mentalidades militares representan un material que debe tenerse en cuenta a la hora de analizar la suerte de las campañas militares».

La resistencia al ejército de ocupación tiene como contrapartida las medidas políticas y militares; entre las primeras encontramos los castigos económicos y las exigencias de abastecimiento de las tropas, pues, como indicara Napoleón, los territorios ocupados deben mantener a las tropas de ocupación. Entre las medidas militares, aparte de las específicas propias de un estado de guerra, hay que tener presente, al menos, dos cuestiones; la primera la exigencia del emperador de estar permanentemente informado de los asuntos militares, de ahí la correspondencia con el mayor general Berthier y los generales, y también de los asuntos políticos, y por eso recibe diariamente las noticias que le hace llegar el ministro Fouché y le proporcionan los agentes distribuidos por los diferentes países.⁷ En segundo lugar las disposiciones ordenadas por el emperador para mantener la moral de la tropa y para ello, nada mejor que la propaganda, bien a través de la orden del día dada a conocer en plena formación, bien por medio de las noticias publicadas en prensa. La profesora Elisabel Larriba en su cuidadoso estudio «La prensa al servicio del imperio» pone de manifiesto la importancia que Napoleón dio, desde los tiempos de comandante en jefe en Italia y más tarde cuando las campañas de Egipto, a las noticias y a la prensa. Si en su día publicó *Courrier de l'Armée d'Italie* o el *Courrier d'Égypte*, durante sus campañas en Europa vieron la luz su *Bulletin de la Grande Armée* que era considerado como el boletín de la gloria, y al que Víctor Hugo se atrevió a calificar como auténticas Ilíadas. Los artículos y noticias de esta publicación, muchos de ellos salidos de la propia mano de Bonaparte, tenían que reproducirse en los periódicos de los países ocupados.

Napoleón ordenó publicar en español *La Abeja española*, encargó a Murat apoderarse de la *Gazeta de Madrid* y publicar en ella diariamente. La profesora Larriba da a conocer también la tensión entre el rey José y su hermano el emperador por ver quién controla la *Gazeta*, instrumento clave en la política josefina, mientras que Napoleón pretendía que este medio fuese el *Bulletin de l'Armée d'Espagne*. La cita

⁷ George Rudé, *La época revolucionaria. 1783-1815*, Madrid, Siglo XXI, 1985, p. 285.

con la que la profesora Larriba abre su estudio, tomada de una carta de Metternich al ministro de exteriores austríaco «las gacetas le valen a Napoleón lo que un ejército de 300.000 hombres», muestra la entidad de este trabajo.

Ocupado el territorio, lo que no siempre fue fácil no sólo por la resistencia civil y los inicios de la guerra, sino también por los enfrentamientos entre los generales napoleónicos a causa de rivalidades personales,⁸ llega el momento de poner en ejecución los planes que justificaban la invasión. Hay que organizar una nueva monarquía, entendiendo por tal el propio Estado, una nueva administración y sobre todo restablecer la normalidad política. Para tener éxito es necesario identificarse con la población, participar de sus inquietudes, gustos, devociones y diversiones. No es suficiente, como, por ejemplo, en el caso de la ciudad de Zaragoza, incorporar el templo de la Virgen del Pilar a su manera de estar en la ciudad, asistir a misas y tedeums o ir a las corridas de toros.⁹ Todo esto es necesario pero es preciso establecer una administración y lograr la colaboración de las élites, sin la cual no se lograrán nuevos recursos ni cambiar la organización económica, administrativa ni política.

El profesor Lluís Roura en su excelente estudio «La Administración napoleónica en España», presenta una administración basada en las ideas de la Ilustración y de la Revolución francesa pasadas por el cedazo napoleónico: igualdad ante la ley, derecho de propiedad, secularización del estado, etc. Expone la situación de España antes de 1808, la quiebra del estado borbónico, lo que facilita la ocupación y la implantación de una nueva monarquía que comienza su andadura con la Constitución de Bayona. El profesor Roura muestra las tensiones entre el emperador y el rey José. Napoleón tiene una propuesta de administración para España y José, consciente de que él es el rey, desoye las instrucciones de su hermano, y quiere introducir sus Ministerios, el Consejo de Estado, la Organización territorial, la Administración de Justicia, inspirados en los principios franceses pero adaptados a su reino. El emperador tomaba las decisiones militares y quería tomar también las políticas. La respuesta a esa tensión es la publicación de los decretos de 8 de febrero de 1810, por los que decide que los territorios al norte del Ebro dejan de estar bajo la autoridad del rey José y pasan a depender exclusivamente del emperador. Esta determinación va a tener consecuencias.

⁸ Stuart Woolf, *op. cit.*, p. 307; G. Rudé, *op. cit.*, p. 342.

⁹ Pedro Rújula, estudio introductorio a Faustino Casamayor, *Zaragoza, 1808-1809*, Zaragoza, Comuniter-Institución «Fernando el Católico», Exema. Diputación Provincial de Zaragoza, 2008.

El profesor Roura dedica la última parte de su trabajo al caso de Cataluña y la posterior anexión de este territorio al imperio napoleónico, en 1812, el establecimiento de un marco administrativo que divide Cataluña en cuatro departamentos, al frente de los cuales hay un intendente que ejerce un control sobre los aspectos económicos, administrativos y judiciales, aunque la Cataluña meridional queda todavía al mando del general Suchet que ha ocupado recientemente Valencia. Y concluye analizando el fracaso de la administración bonapartista en España y entre las causas señala la precipitación en implantar la nueva administración, el exceso de confianza de Napoleón en su sistema y la falta de colaboración entre los notables; pero el fracaso fue más bien frustración pues tanto el liberalismo, que se opuso a los franceses, como los opositores a Napoleón tuvieron que aceptar las modificaciones introducidas en España durante el siglo XIX.

Organizar una nueva administración no era en absoluto tarea fácil. El rey José comenzó por introducir ciertos cambios, por ejemplo, en los ayuntamientos con el nombramiento de alcaldes o en el pago de contribuciones. No pretendía una mudanza acelerada ni crear animadversión, sino avanzar pausadamente de modo que no hubiese que retroceder, de ahí esas primeras innovaciones en las cuestiones que afectaban más directamente a la población. Pero muy pronto tuvo que poner sobre la mesa otros aspectos de la realidad política como la reforma de la administración eclesiástica, que necesitaba una enmienda radical. Y a este asunto está dedicado el profundo estudio del profesor Emilio La Parra, «Política religiosa de la España josefina».

Inicia su trabajo señalando que tanto el bando josefino como el patriota veían necesaria la reforma de la organización de la iglesia o de la disciplina eclesiástica pero los sectores conservadores reaccionaron frente a los cambios e hicieron de la política religiosa un instrumento de oposición al nuevo Estado. Los afrancesados y los liberales coincidían en la justificación de la reforma, en los objetivos y en muchas de las medidas a tomar. Pero estaban en bandos enfrentados.

El rey José no pone en cuestión la catolicidad de España y él mismo hace ostentación de su catolicismo, pero conoce el poder económico, político, social y cultural de la Iglesia y de los eclesiásticos, y conoce el diferente peso del clero secular y regular. Es consciente de que hay que introducir cambios, hay que reformar ese aparato eclesiástico y cambiar la disciplina eclesiástica. Pero también en este asunto el ojo del emperador controla lo que se hace en España y una vez más los hermanos tienen visiones distintas, como muestran los decretos de Chamartín de diciembre de 1808, publicados por Napoleón, y el decreto de marzo de 1809, promulgado por José, acordando la supresión de conventos y la desamortización de sus bienes.

El profesor La Parra descubre y analiza las dos propuestas para la reforma eclesiástica. Napoleón encargó al arzobispo de Malinas, De Pradt, un plan de mejora y José tenía también sus propuestas elaboradas por Llorente, Urquijo y Azanza, y tan convencido estaba de la necesidad de introducir cambios que creó un Ministerio de Negocios eclesiásticos. El profesor La Parra estudia tanto el «Plan imperial» como los planes españoles, coincidentes en bastantes puntos: reconocen la función social del clero pero ven necesaria la reducción del clero, la supresión de órdenes religiosas, la nacionalización de bienes, la descentralización y uniformidad de la iglesia española, la supresión de jurisdicciones eclesiásticas, una nueva organización eclesiástica, etc. Y concluye su excelente trabajo planteando que el régimen josefino «asumió buena parte de los postulados de la ilustración sobre disciplina eclesiástica» y fue más lejos que las Cortes de Cádiz. El propio rey José supo qué hacer en materia religiosa pero no pudo llevar a cabo todo lo que habría querido.

Implantar una nueva administración era bastante complicado, máxime cuando no se controlaba todo el país y la población que se pretendía administrar estaba en guerra con ese ejército de ocupación. Pese a todo el rey José quiso poner en ejecución sus planes en el territorio que controlaba. El proceso de la instauración de la nueva administración se aprecia en el trabajo que lleva nuestra firma, «La administración francesa en Aragón. El gobierno del mariscal Suchet. 1809-1813», que estudia ese territorio. A partir de finales de febrero de 1809, después del segundo sitio y la toma de la ciudad de Zaragoza, Aragón pasa a depender del rey José que nombra gobernador general a Junot. El duque de Abrantes toma medidas puntuales como la supresión de conventos, organiza la policía, el pósito y la intendencia del ejército desplegado por la región. A finales de abril de 1809, Junot es sustituido por el general Suchet que, a las órdenes de José Bonaparte, interviene en los ayuntamientos, suprime los derechos jurisdiccionales que todavía tenían los alcaldes, nombra nuevos alcaldes y regidores y se apoya en ciudadanos colaboracionistas.

A partir de la publicación de los decretos de Napoleón de 8 de febrero de 1810 los territorios lindantes con la frontera francesa dejaron de estar bajo la autoridad del rey José y pasaron a depender directamente de Napoleón. Suchet fue nombrado gobernador general de Aragón y deberá seguir las instrucciones militares y políticas que vienen de París a través del mayor general Berthier. Las responsabilidades políticas no le eximen de las militares, redacta informes, escribe cartas, levanta croquis y planos utilizados para preparar las batallas y, más adelante, conformarán el *Atlas*¹⁰ que acompañará a sus *Memorias*.

¹⁰ Ver la edición facsímil publicada por la Institución «Fernando el Católico», Zaragoza, Exema. Diputación Provincial de Zaragoza, 2008.

Desde febrero de 1810, Suchet aplica la política napoleónica. En el artículo se expone detalladamente la organización de una nueva administración diferente de la josefina, que interviene en los ámbitos económicos, políticos, judiciales y eclesiásticos, en la que hay separación de poderes y se suprimen las reminiscencias del antiguo Reino de Aragón, incluidos los procesos forales.

Los cambios no fueron fáciles ni sencillos. Los ciudadanos padecieron la ocupación y sufrieron la nueva organización, pues las novedades no sólo afectaron a su manera de estar en la ciudad sino también a sus bolsillos y a su vida cotidiana. El concienzudo trabajo de Francisco Javier Maestrojuán «Sin tregua para pensar. El sometimiento de la autoridad municipal durante la ocupación» presenta el padecimiento de los vecinos y las exigencias de los ocupantes.

En la ciudad de Zaragoza la administración francesa quiere controlar todo y en primer lugar el consistorio y los recursos del municipio. El ayuntamiento borbónico tenía a su cargo velar por el bien común de los vecinos aunque para ello tuviese que recurrir a la recaudación de las contribuciones, pero desde la ocupación el ayuntamiento tiene casi como principal misión la de conseguir caudales. La recaudación municipal se traduce en considerar al ayuntamiento en sujeto y en objeto económico al servicio del ejército napoleónico, hasta el punto que los bienes de propios y los comunales dejaron de estar al servicio del municipio y de los ciudadanos para estar a disposición de los ocupantes. Y esa perspectiva se traduce en apartar a las antiguas élites del control municipal y colocar a personas más o menos colaboracionistas, de modo que los nuevos regidores aparecen a los ojos de los vecinos como los responsables de la penuria; por eso, algunos se niegan a formar parte de la corporación. El consistorio queda vacío de contenido y se transforma en el brazo ejecutor de las órdenes de las autoridades francesas.

Las actas de los acuerdos municipales de estos años tratan casi exclusivamente de asuntos que tienen que ver con el reparto de contribuciones, alojamiento de tropas, tránsito de prisioneros, alimentación de presos, hacer frente a los utensilios, paja, leña, carne, etc., y todo recae sobre los hombros y los bolsillos de los zaragozanos. En ciertos momentos los vecinos se niegan a pagar y los regidores, que no saben de donde sacar dinero, convocan a los mayores contribuyentes a las casas consistoriales y los encierran, secuestran, diríamos mejor, hasta que cada uno de ellos aporte la cantidad que se le solicita. El desasosiego y la desazón de los regidores por tener que polemizar con sus convecinos llevó al ayuntamiento de Zaragoza a presentar la dimisión en pleno, en enero de 1812.

El trabajo de Francisco Javier Maestrojuán, presenta, pues, una ciudad y unos vecinos sometidos y esquilados y pone de manifiesto

el desinterés que ha habido por estudiar «la ocupación» francesa, las repercusiones en la vida diaria de los ciudadanos y el «día a día de un pueblo dominado». Pero no se queda en la visión lastimera y aflictiva pues para él «la ocupación francesa tuvo una considerable importancia en la formación de una conciencia nacional moderna».

La firmeza y el ímpetu con que el ejército napoleónico entró en España fue pasando por diferentes estadios a causa de los enfrentamientos con el ejército angloespañol y el desinterés del emperador por la guerra peninsular, centrado, como estaba, en la campaña de Rusia. En los territorios ocupados no consiguieron, pese a todo, una aceptación plena ni una identificación con la población; hubo oposición y rechazo a las tropas francesas tanto por parte de los ciudadanos acomodados, comerciantes, profesionales, labradores, campesinos, artesanos, como por parte del clero, generadores de ideología. El fracaso de la ocupación lo manifestó magistralmente el general Suchet en una conversación con el mariscal Soult: «Estamos perdidos cuando las viejas nos vierten sus vasos de noche sobre nuestras cabezas».¹¹

Los trabajos que se presentan en este dossier tienen su origen en el encuentro de historiadores, celebrado en Zaragoza a finales de octubre del año 2009, bajo el título «Franceses. Los invasores en la Guerra de la Independencia», organizado por la Institución «Fernando el Católico» (C.S.I.C.), organismo autónomo de la Exema. Diputación Provincial de Zaragoza. Las investigaciones presentadas en aquella reunión han ido madurando hasta formar este conjunto de estudios que hoy ofrecemos.

CARLOS FRANCO DE ESPÉS

¹¹ Víctor Hugo, *Los miserables*, Madrid, ed. Debolsillo, 2011, t. II, p. 462.